

INTERVENCIÓN DEL AUTOR EN LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO: “SAN JUAN PABLO II, INCANSABLE DEFENSOR DE LA DIGNIDAD HUMANA” (27 de marzo de 2022)

Permítame, Señor Cardenal, que comparta en esta presentación tres aportaciones que inviten a la lectura de esta biografía pero que, sobre todo, sirvan de homenaje al Santo Papa polaco, al que tanto admiramos, queremos y reconocemos como ejemplo de vida y como intercesor, razón por la cual don Gabriel Comas, el párroco de San Juan de la Cruz, ha querido que usted esta tarde bendiga una imagen suya para la veneración de los fieles, y como preámbulo de la celebración eucarística en la que usted va bendecir esta imagen, organizar este acto cultural en torno a la figura de este gran santo de nuestro tiempo. Acto cultural en el que hacemos algo poco común: presentar un libro escrito hace dos años, pero que con la Pandemia no pudo presentarse en su momento, y ahora gracias a Usted y a don Gabriel tanto la editorial San Pablo como yo mismo tenemos la oportunidad de hacerlo.

Las tres cosas que me propongo compartir con todos ustedes son estas:

- En primer lugar, la respuesta que en estos días con ocasión de esta presentación he dado a los medios de comunicación sobre la singularidad de esta biografía que la distingue de otras biografías de San Juan Pablo II.
- En segundo lugar, la oportunidad de hacer hoy aquí presente al pueblo ucraniano, por el cual tuvo tantos desvelos San Juan Pablo II, recogiendo algunos momentos de la vida del Papa tomados en esta biografía, en los que vemos la paternidad del sucesor de Pedro por la Iglesia católica romana, la Iglesia greco-católica, y la iglesia ortodoxa, que peregrinan en Ucrania.
- Y, en tercer lugar, respondiendo a algo que muchos amigos me han pedido, decir unas palabras sobre mi experiencia personal en los pocos y cortos, pero no por ello poco intensos, momentos en que tuve la gracia de conocer personalmente a San Juan Pablo II.

1º/ La aportación singular de esta biografía

La editorial San Pablo me había pedido en el año 2019 un texto para una publicación de pocas páginas sobre el perfil del Papa Polaco, sabiendo que además de mi conocimiento académico de su magisterio, sobre el que defendí mi tesis doctoral, al menos durante la segunda mitad de su pontificado lo había seguido puntualmente como periodista y había publicado muchos artículos sobre él, sobre sus documentos, y sobre sus viajes, sobre todo sobre sus viajes a España, y un libro sobre el último de estos viajes.

Cuando llegó el confinamiento por el Covid, me puse manos a la obra, y tras releer las cinco principales biografías, y el seguimiento informativo de tantos años del Papa polaco, me di cuenta de que merecía la pena escribir una biografía más extensa, propuesta que en seguida fue acogida por la Editorial San Pablo, en la que poder hacer algunas aportaciones singulares.

Entonces, ¿qué aporta, en comparación con otras biografías sobre San Juan Pablo II, esta que lleva el título de “San Juan Pablo II, incansable defensor de la Dignidad Humana?” Tres cosas:

- La 1ª aportación es que, tratándose de una biografía divulgativa, esta escrita con un estilo periodístico: no es una narración literaria y selectiva como tantas biografías, sino una crónica informativa de toda su vida.
- La 2ª aportación es que sigue cronológicamente toda su vida, sin hacer saltos en el tiempo, y todo su pontificado, de 1978 a 2005, año tras año, con breves capítulos por año, y en cada uno de ellos, contando lo más importante que hizo y que dijo, y todos sus viajes, desde enero a diciembre de cada año.
- La 3ª aportación, reflejada en el subtítulo del libro: “Incansable defensor de la Dignidad Humana”, consiste en asomarnos a un sucesor de Pedro que no se dejó condicionar por ninguna ideología, no sólo por las ideologías nacional socialista y comunista que tuvo que sufrir como joven, sacerdote y obispo polaco, sino tampoco por la neo-liberal de la órbita de los países capitalistas a este lado del Telón de Acero, proponiendo una conversión personal y social según la Doctrina Social de la Iglesia, en continuidad con San Juan XIII y San Pablo VI, y continuada en plena fidelidad a su legado no sólo por parte de Benedicto XVI, sino también por el Papa Francisco, con el cual tiene, tanto en lo personal como en lo pastoral, infinitamente más semejanzas que diferencias.

Los desvelos de San Juan Pablo II por Ucrania

A lo largo del pontificado de San Juan Pablo II (1978-2005), al menos en siete ocasiones podemos reconocer los desvelos del Papa Magno por el pueblo ucraniano y por la Iglesia ucraniana, o mejor dicho de las iglesias ucranianas, a saber, la católica-romana, la greco-católica, y la ortodoxa. Si nos fijamos en la actual situación de estas iglesias en esta trágica guerra en la que el pueblo ucraniano es víctima de la invasión rusa, no resultaría exagerado decir que el testimonio de fortaleza, de abnegación y de unidad de los cristianos ucranianos se debe en cierto modo, junto a su tradición milenaria, a los esfuerzos de San Juan Pablo II por la comunión entre estas iglesias y la revitalización de cada una de ellas.

En las primeras semanas de su pontificado el Papa se empeñó a fondo en la libertad religiosa. El 20 de noviembre de 1978 recibió y animó al Cardenal Iósif Slipyi, cabeza de la Iglesia Católica Griega Ucraniana, reprimida en su país bajo la dictadura militar y cultural de la aún fuerte y vigorosa Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Si recordamos que al mes siguiente, el 11 de diciembre, con motivo del trigésimo aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, o dos meses después, con ocasión del mensaje de la Jornada Mundial por la Paz del 1 de enero de 1979, o en su alocución al Cuerpo Diplomático del 12 de enero, el Papa defendió con ahínco los derechos humanos y los derechos de los pueblos, incluido el derecho a la libertad religiosa, no es de extrañar que todo ello irritase a la Unión Soviética, en aquellos meses aún empeñada en investigar los “hilos conspiratorios” que habían llevado a un súbdito del Telón de Acero a la cabeza de la institución religiosa más importante del mundo.

Dos años después, en marzo de 1980, se celebró en Roma un Sínodo de obispos católicos ucranianos, con el telón de fondo de la dificultad de defender la libertad religiosa de los católicos ucranianos sin herir más las difíciles relaciones de la Iglesia Católica con la Iglesia ortodoxa rusa, la más numerosa e importante, en

connivencia con el Estado soviético. La elección de Miroslav Iván Lubachivski como obispo coadjutor del anciano cardenal Slipyj por parte del Papa, sirvió al menos para garantizar la supervivencia de la iglesia católica griega (con su rito greco-católico) en Ucrania.

La Iglesia ucraniana volvió a estar en los desvelos del Papa en 1988, cuando el 25 de enero Juan Pablo II publicó la carta apostólica *Euntes in mundum*, para conmemorar el milenario del cristianismo entre los eslavos orientales. El 14 de febrero el Papa envió un mensaje a los católicos ucranianos con motivo del milenario, *Magnum Baptismi domus*, en el que elogió a la fidelidad del catolicismo griego bajo la persecución. El contexto delicado de estas dos cartas fue que desde los preparativos del milenio el patriarca Pimen de Moscú había dejado bien claro que el Papa no sería bien recibido en los actos conmemorativos, empeñado en mantener el mensaje de que la iglesia católica griega ucraniana directamente “no existía”.

El mapa político de Europa y del mundo cambian en 1989 con la caída del Muro de Berlín, iniciándose el acelerado proceso de la caída del Telón de Acero. En el discurso al Cuerpo Diplomático acreditado en la Santa Sede del 13 de enero de 1990, Juan Pablo II atribuyó como causa de la caída del Muro de Berlín al “anhelo irresistible de libertad”. Surgieron escenarios nuevos para la vida de las iglesias en los países del este de Europa, que, entre otras cosas, propiciaron la conferencia de católicos romanos y ortodoxos rusos celebrada en Moscú del 12 al 17 de enero de 1990, en la que Juan Pablo II terminó por aceptar, con algunas correcciones sobre la historia de la Iglesia greco-católica, el resultado de unos acuerdos que, aunque no satisfacían a la mayoría los greco-católicos ucranianos, al final suponían el reconocimiento de la URSS de la Iglesia ucraniana, ya que Gorbachov lo había hecho depender al resultado de esos acuerdos.

Al año siguiente, del 1 al 9 de junio de 1991, el Papa realizó su cuarta visita pastoral a Polonia. Un viaje que provocó un cierto desencuentro entre Juan Pablo II y gran parte del pueblo polaco. Éste esperaba poder celebrar su añorado paso a la libertad que gozaba Occidente, pero el Papa precisamente centró sus mensajes en los nuevos peligros de sociedad capitalista. Por otro lado, en Przemysl no consiguió el Papa reconciliar a los polacos greco-católicos de origen ucraniano y a los católicos polacos de rito latino, estos últimos molestos por haber nombrado obispo de la diócesis a un greco-católico, y los primeros porque el nuevo obispo dependiese del primado de Polonia y no del de Ucrania. Como siempre, los esfuerzos por la comunión requieren de todos los implicados abnegación y cesión. Una lección a estas alturas ya bien aprendidas por parte de los católicos de ambos países, ahora más unidos que nunca en una situación de urgencia humanitaria sin precedentes.

El 12 de noviembre de 1995 fue un día importante en los desvelos del Papa por la Iglesia ucraniana, ya que ese día Juan Pablo II publica la “Carta apostólica con ocasión del cuarto centenario de la Unión de Brest”, con la que los católicos griegos ucranianos habían declarado su comunión completa con Roma. En la carta el Papa no sólo volvió su mirada a ese gran gesto de comunión histórico, sino que lo proyectó hacia el futuro: la Iglesia ucraniana podría ofrecer el

sacrificio martirial de su fidelidad por un nuevo diálogo ecuménico a favor de la comunión en una misma iglesia de todas las confesiones cristianas del Este de Europa.

El 26 de abril de 2001 el Papa tuvo muy presente a los ucranianos, pues ese día recibió a los que el mundo entero, quince años antes, llamo los “niños de Chernóbil”: “El pensamiento de todos nosotros vuelve en este momento a aquel 26 de abril de 1986, cuando en el corazón de la noche se produjo una tremenda explosión en la central nuclear de Chernóbil. Algunos minutos después, una vasta nube tóxica cubrió el cielo de la ciudad y de Ucrania, extendiéndose muy lejos (...) Algunos, con razón, la han definido una catástrofe tecnológica histórica, que ha hecho tristemente célebre en el mundo la ciudad de Chernóbil, la cual, desde entonces, es símbolo de los peligros que implica el uso de la energía nuclear”.

Pero fue del 23 al 27 de junio de ese mismo año cuando el anciano Papa se encontró con los ucranianos con una visita apostólica a Ucrania (Kiev, Lvov, y Babi Yar) sin precedentes, para beatificar a varios testigos de la fe de la Iglesia ucraniana. Los dos primeros en beatificar eran católicos ucranianos de rito romano, el 26 de junio en el Aeropuerto de Lvov. En primer lugar, el arzobispo *José Bilczewski*, *icono vivo del buen Pastor* en el período particularmente difícil de la primera guerra mundial, y el sacerdote Segismundo Gorazdowski, que, olvidándose del grave peligro de contagio, visitaba a los enfermos de Wojnilow y amortajaba los cuerpos de los muertos de cólera.

Al día siguiente, y en el mismo lugar, los nuevos beatificados, en cambio, eran de la Iglesia greco-católica ucraniana, y se desarrollo bajo el rito bizantino-ucraniano. El Papa beatificó a una treintena de mártires, mayoritariamente víctimas de la persecución religiosa tanto de los nazis como de los comunistas. Como explicó Juan Pablo II “Junto con ellos fueron perseguidos y asesinados a causa de Cristo también los *crístianos de otras confesiones (...)* *El ecumenismo de los mártires y de los testigos de la fe* indica el camino de la unidad a los cristianos del siglo XXI”.

No tengamos duda de que en la atormentada Kiev seguirán resonando las palabras de San Juan Pablo II para que las víctimas de esta guerra puedan encontrar en su intercesión, y en la de los santos ucranianos por él beatificados, la fortaleza que necesitan. Y que en las cancillerías europeas y en los organismos de la Unión Europea habrá resonado también en estos días el incansable llamamiento del Papa polaco a la unidad de un continente que respira, como le gustaba decir, con dos pulmones, el del Este y el del Oeste. Y no tengamos ninguna duda de que, gozando de la eterna bienaventuranza, estará muy unido a los desvelos del Papa Francisco en este momento por Ucrania, intercederá al Príncipe de la Paz que hizo suyo en la cruz el sufrimiento de todas las guerras, y mirará con amor a aquel pueblo y a aquella iglesia martirial para la que, junto a muchas otras, sobre todo las de la Europa del Este, tanto trabajó por que vivieran en paz, en unidad, y en libertad en este desconcertante y convulso siglo XXI.

Mis recuerdos personales de San Juan Pablo II

Evidentemente, ninguno de estos recuerdos aparece en el libro, que pretende ser una biografía seria. Pero algunos oyendo este relato me han pedido que lo comparta en esta presentación. No tienen ninguna importancia. Todos fueron muy cortos, como todos los encuentros fugaces en los que tenemos la suerte de saludar al Papa los cristianos de a pie, como los que pude tener también con Benedicto XVI y después con el Papa Francisco. Pero de algún modo a mi me han servido para poder simbolizar algunas virtudes del Papa Magno necesarias para conocerle y que, estas sí, aparecen a lo largo de toda esta biografía:

Cuando yo tenía 18 años, en 1982, y el Papa tenía 62 años, pude por primera vez estrechar su mano o, mejor dicho, sentir como él apretujaban mis manos. Audiencia de los miércoles. Primera fila con un grupo de catequistas de una parroquia de Burgos, donde yo estaba empezando a estudiar filosofía y teología. Antes de mí había saludado a un seminarista del grupo, y al saludarme a mí le dije que estaba pensando entrar en el Seminario pero que aún no lo tenía decidido. El Papa entonces me agarró las dos manos con las suyas, presionando fuertemente sobre ellas sus dedos pulgares, y me dijo escuetamente: “Entre en el Seminario”. Entonces no se decía lo de “ya estas tardando”, pero la forma de decirlo venía a transmitir este mensaje directo y persuasivo. Como es obvio, no pude jamás olvidar estas palabras. Pero os aseguro que al menos durante tres o cuatro días no pude olvidar este momento por otra razón: aún me dolían las manos de como las había apretado con las suyas. Para mí fue mi primer contacto con un Karol Wojtyła con una fuerza física y moral impresionante, esa que le llevo a Paloma Gómez Borrero a llamarlo “Huracán Wojtyła”, título con el que quise llamar al primer capítulo de su pontificado en esta biografía.

La segunda ocasión que tuve para saludar a Juan Pablo II fue la más larga de todas, en mayo de 1999, cuando el Papa tenía 79 años y ya aquejaba un inicio de párkinson. Tras poder concelebrar con él en su capilla privada una buena representación de compañeros de curso, que habíamos viajado a Roma para celebrar el 10º aniversario de nuestra ordenación sacerdotal, el Papa ya en la Biblioteca del Palacio Apostólico, además de darnos un rosario que iba sacando con una mano del montón que sujetaba con la otra, sin que se le cayesen, conseguimos al final quedáramos con él para hacernos una foto. Y fue entonces cuando se detuvo para preguntarnos cuantos nos habíamos ordenado en 1989. Al decirle que 21 nos preguntó por los que faltaban. Le contamos las diversas situaciones de cada uno de ellos, y a mí me tocó explicarle que la razón por la que no había podido venir uno de ellos, Juan Pedro Carrera, actual párroco de San Jorge, era que estaba en Cuba donde llevaba ya dos años de misionero.

La noche anterior, cuando nos llamó su secretario personal, monseñor Stanisław Jan Dziwisz, para confirmarnos que a las siete de la mañana del día siguiente podíamos concelebrar con el Papa, llamamos a Juan Pedro a La Habana para contárselo. Y él me dijo: “Manuel, dile por favor al Santo Padre que si no estoy con vosotros es por culpa suya, ya que si me he vendido a Cuba es a partir de su viaje apostólico a este país”. Y yo, sin más, se lo conté al Papa, en español. Pero el Papa no me entendió bien. Puso un gesto de desconcierto, y con voz potente me dijo: “¿Cómo que por mi culpa? A penas llevaba dos minutos hablando con el Papa y ya me estaba riñendo. Se lo explique de nuevo en

italiano, y lo entendió perfectamente riéndose por ello. Pero, al despedirse de todos, cuando ya iba a salir por una pequeña puerta, se volvió hacía mi, me sonrió, y dándose unos golpes en el pecho dijo: “Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa”. Para mi y para mis compañeros este encuentro fue una ocasión privilegiada para conocer de primera mano a un Papa que no tenía ni de lejos “poses de Papa”, un hombre sin protocolos, natural, espontáneo, y con sentido del humor. Característica de San Juan Pablo II que si que aparece reflejada por tantos momentos y tantas situaciones distintas en esta biografía.

La tercera ocasión en la que saludé al ya anciano Papa fue en junio de 2003 en Roma, a penas un mes después de su viaje a Madrid en el que se encontró con los jóvenes en Cuatro Vientos y canonizó a cinco santos españoles en la Plaza de Colón, en cuya preparación estuve muy implicado formando parte de la Comisión Organizadora del mismo. A las tres semanas del viaje publiqué una crónica de la preparación y del desarrollo de esta visita apostólica, y tuvieron a bien en Roma permitirme regalar al Papa un ejemplar de ese libro. El Papa se sorprendió muchísimo de que un libro sobre ese viaje hubiera podido salir a la luz tan pronto, y me dijo señalando la portada del libro: “Si, es verdad, esta foto es del encuentro con los jóvenes en Cuatro Vientos”. Y en esa ocasión pude contemplar, como había dicho él mismo en aquel encuentro, a “un joven de 83 años”, con las mismas ganas de vivir que cuando actuaba clandestinamente de joven en las obras de teatro durante la ocupación nazi, con su misma curiosidad, con su misma capacidad de asombro, con su misma mirada picara y risueña con que observaba todo y bromeaba con todos.

La cuarta y última ocasión en la que saludé al Papa fue el mismo año de su muerte, en 2005, cuando recibió a los participantes de un Congreso celebrado en Roma de las Radios Cristianas Europeas, al que yo había acudido representando a la Cadena COPE. Al saludarle me vino una gran tristeza, al ver que tenía ya la mirada perdida, pero justo al darme la vuelta y ver como intentaba levantarse del asiento, al saludar detrás de mi a un obispo ortodoxo, me di cuenta de que aún seguía siendo el Padre de todos, no sólo de los católicos, sino de todos los cristianos, de todos los creyentes, y de todos los hombres, con convicciones diversas. Porque San Juan Pablo II no hizo en su vida otra cosa, como nos dice hoy su sucesor en la Sede de Pedro el Papa Francisco, que “derribar muros y levantar puentes” para que, como pidió Jesús al Padre, “todos seamos uno para que el mundo crea”.

Manuel María Bru Alonso